



EL BUEN
COMBATE



1896



FA-599-C11)

CATÓLICOS... Á LA MODA



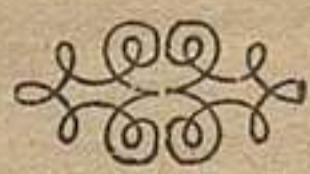
COPIADOS DEL NATURAL

POR

RAQUEL



CON LICENCIA ECLESIAÍSTICA



BARCELONA.—1896

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5

MCD 2019

R. 25341

Es propiedad



Barcelona, Marzo 4, 189...



¡querida hermana: Tengo á la vista tu última carta, y al mirar la fecha... ¡me avergüenzo! ¿Qué dirás de mí? ¿qué pensarás? por lo menos que no te quiero... ¿verdad que sí? Y tengo que protestar enérgicamente contra las ideas que bullen en tu cabeza, porque sin oírte, sin conocertus quejas, las adivino todas... ¡te conozco tanto!

Es el caso, mi buena Consuelo, que la vida se pasa

volando... los días huyen con rapidez vertiginosa, y no me queda tiempo para nada; ni para escribirte á ti, de quien me acuerdo mucho y á

quien siempre quiero: además, disculpa mi silencio el saber de Vds. por las cartas de nuestras hijas, que no sé cómo se las arreglan para hallar con frecuencia un rato para comunicarse: el tiempo para ellas parece elástico... para mí es brevísimo... ¿lo creerás? hay días que me falta hasta para rezar el Rosario.

Me preguntas en tu carta que contesto, en qué me ocupo, cómo paso los días, qué hago para la vida futura, pues como hace bastantes años que nos separamos, *casi* me has perdido de vista... Estas mismas preguntas te quiero hacer, pues no comprendo cómo te has podido resignar, tú, tan apasionada de la Corte, que nada hallabas bueno sino Madrid, á vegetar en esa pacífica ciudad de las Palmas de Gran Canaria, que he oído pintar como el limbo... tú dirás.

Voy á satisfacer tu curiosidad, mejor diré tu interés, porque bien recuerdo que no eres curiosa, contándote lo que hago y cómo tengo ocupados todos los días y todas las horas, y te convencerás de que llena de buena voluntad se me pasan los correos sin escribirte,—hermanita á quien tanto quiero, á pesar de tus severidades conmigo,—no sin lamentarme de mi silencio y de hacer propósitos eficaces de corregirme...

Me levanto entre diez y once: antes lo hacía cerca de la una, pero me convencí de que me

hacía daño á la salud, y á costa de *titánicos*—no te rías de la frase—esfuerzos he logrado ir ganando poco á poco cada día unos minutos, hasta levantarme á la hora que te digo; y como lo quieres saber *todo*, y yo me he propuesto decírtelo *todo* en esta carta, para quitarte el mal humor que mi largo silencio te habrá causado, te



advierto que á las ocho me entra la criada el chocolate, que tomo medio dormida, y luego cierra bien las puertas, corre las cortinas, y á dormir tranquilamente hasta poco después de las once.

A esa hora vuelve á entrar la criada, con quien

rezo unas cuantas devociones del Colegio... ¿te acuerdas?... y comienzo á vestirme; llega la peina-dora, y entre que me peina muy bien, lo cual la hace detenerse bastante, y que es un poco charlatana y suele contarme cosas muy curiosas que me divierten mucho, se pasa más de media hora... después, nada, la complicada tarea de asearme y de vestirme, que siempre me ha entretenido más de lo que yo quisiera, me roba todo el resto de la mañana... figúrate que se dice la Misa en nuestro oratorio á las doce y media, y muchos domingos me quedo sin ella porque no he podido acabar de vestirme (1)... No sé cuánto tiempo hace que no veo comenzar el Santo Sacrificio... siempre llego al Evangelio y á veces al Ofertorio... tanto, que para que no me vea mamá, que sabes que reza tanto, tantísimo, he colocado mi reclinatorio detrás de todos, y así no se entera de cuando entro, porque de veras me daba vergüenza... un día me quedé á la puerta, porque cuando llegué á la capilla estaban en la Consagración...

Pero te advierto que cuando me quedo sin Misa, bien contra mi voluntad, pues hago todo lo que puedo por andar aprisa sin poderlo conseguir, haciendo los imposibles, rezo el Rosario,

(1) Histórico.

y así me quedo tranquila. Dios se contenta con poco, y es tan bueno, que sólo pide lo que buena-mente podemos hacer.



Doy una vuelta por la casa, á ver si está todo en orden; saludo á mamá, cuya enfermedad va progresando lastimosamente; hablo un ratito con Teodora, que cada día está más linda y es más buena, á pesar de sus tonterías de colegiala, que no logro quitarle, y en seguida á almorzar... ¡ya son cerca de las dos!

Nunca almorzamos solos: dos ó tres convidados *sin convidar* nos acompañan siempre... amigos íntimos que tienen gusto en sentarse á nuestra mesa y que, según costumbre de nuestro país, vienen cuando quieren y se les recibe con gusto agradeciéndoles el favor. Entre ellos hay una señora que nos acompaña los jueves y domingos, y de la cual te he de hablar muy largo, porque vale la pena... es célebre como su nombre... ¡se llama Aspasia!

Una larga hora de sobremesa... Mamá come pronto, se levanta y se va; y muchos días prefiere comer en su habitación, porque se siente peor y la molesta la conversación... Mi marido no puede prescindir de la sobremesa, de esa hora de charla, durante la cual se fuma, se toman el café y los licores, se comentan las noticias de los periódicos, se murmura un poquito—pero no te espantes, que es de cosas que todo el mundo sabe,—y se da expansión al ánimo sin ofender á Dios ni dar gusto al diablo...

Llega una visita, y tengo que dejar mi carta, que iba siendo bastante larga; pero, á la verdad, bien dice el refrán: *El comer y el rascar, todo es empezar...* le he cogido gusto á la dulce tarea de comunicarme contigo, y mañana seguiré esta relación para que vaya la carta por el próximo correo, porque ésta la mandaré hoy mismo, á fin de

desagraviarte cuanto antes y calmar tus naturales impaciencias.

Abraza á tu marido y á tus hijos, besa á mi ahijada, y con los cariñosos recuerdos de la familia recibe un abrazo de tu apasionada hermana

GABRIELA.

Barcelona, 12 de Marzo, 189...

Muy querida Consuelo: ¿Lo ves? en mi anterior, engolosinada con lo que me parecía una conversación contigo, te decía *hasta mañana*: pues hace ocho días, y á no llover hoy tanto que no vendrá nadie en todo el día ni yo podré salir á ninguna parte, me faltaría tiempo para seguir la relación comenzada en mi última carta, que ya debes haber leído.

Quedamos... ¿dónde? ¡ah! ya me acuerdo... en la sobremesa, que mi marido prolongaría indefinidamente, pero que yo termino siempre levantándome para tocar el piano un cuarto de hora, porque sigo con mi afición á la música, y antes faltaría el sol que yo dejase pasar un día sin poner las manos en el teclado.

Después, sentados cómodamente en nuestras mendozas, hablamos, mientras que Teodora toca magistralmente algunas piezas clásicas, con gran contento de mi marido que lo escucha embelesado, y así llega la hora de irnos á vestir para salir á paseo ó á visitas ó á tiendas, terminando los jueves con las indispensables vueltas por la calle de Fernando, que por ser día de mo-

da parece un hormiguero... Voy siendo casi vieja y no puedo renunciar á esa costumbre... ¡allí me encuentro tanta gente conocida!...

Luego á casa, á escape, á vestirnos para ir á la ópera... cenamos; en seguida al teatro... Allí Teodora llama la atención porque está de moda, viste trajes elegantísimos, y como es tan hermosa y tiene fama de ser muy rica, más de lo que es, en verdad, la rodean una turba de pollos elegantes que hacen suspirar de envidia á nuestras amigas. Yo me rejuvenezco al verla tan obsequiada, y hago más caso que ella á sus galanes, esperando conseguir uno que la dé lujo, felicidad y todo lo que constituye la dicha acá en la tierra.

Salimos del teatro á la una, ó después; mien-



tras llegamos á casa, tomamos alguna cosa, nos desnudamos, hacemos un ratito de tertulia y cambiamos impresiones, como ahora se dice, hasta las tres, ó muy cerquita por lo menos. No se duerme una en seguida, porque danzan en la imaginación la música, los trajes, los brillantes, las luces, las galanterías, los murmullos de admiración... ¡qué sé yo!... ¡Al fin nos quedamos dormidos en paz y en gracia de Dios!...

Esta es mi vida; ya ves que te lo cuento todo.

Me resta, sin embargo, decirte, que procuro rezar el Rosario siempre que puedo, que este año hemos ido á los Ejercicios, porque después de todo, no había á donde ir: terminado el abono en el Liceo, me pareció bien darle gusto á Teodora, que suspiraba por los Ejercicios; yo no los había hecho desde que salí del Colegio, y la verdad, los encontré bien pesados: nos reunimos tres familias que somos inseparables, íntimamente unidas en todo, y los comenzamos en el Sagrado Corazón. Conservo cariño á las buenas Madres que nos educaron, y por esto y porque en aquella casa se reúne el *todo Barcelona* elegante y de buen tono, preferí hacerlos allí: los daba un jesuíta, y me convencí de lo intransigentes y exagerados que son estos señores, dignos por otra parte de toda consideración, pues no hay que negarles que son buenos y saben

mucho... Consuelo, ¡qué modo de hablar del infierno! cualquiera creería que su auditorio estaba en pecado mortal, y que merecía las llamas y los tizonazos... ¡cuánto azufre, Señor! ¡á mí me parecía que olía á pez!... ¡vamos, estuvo demasiado fuerte!...

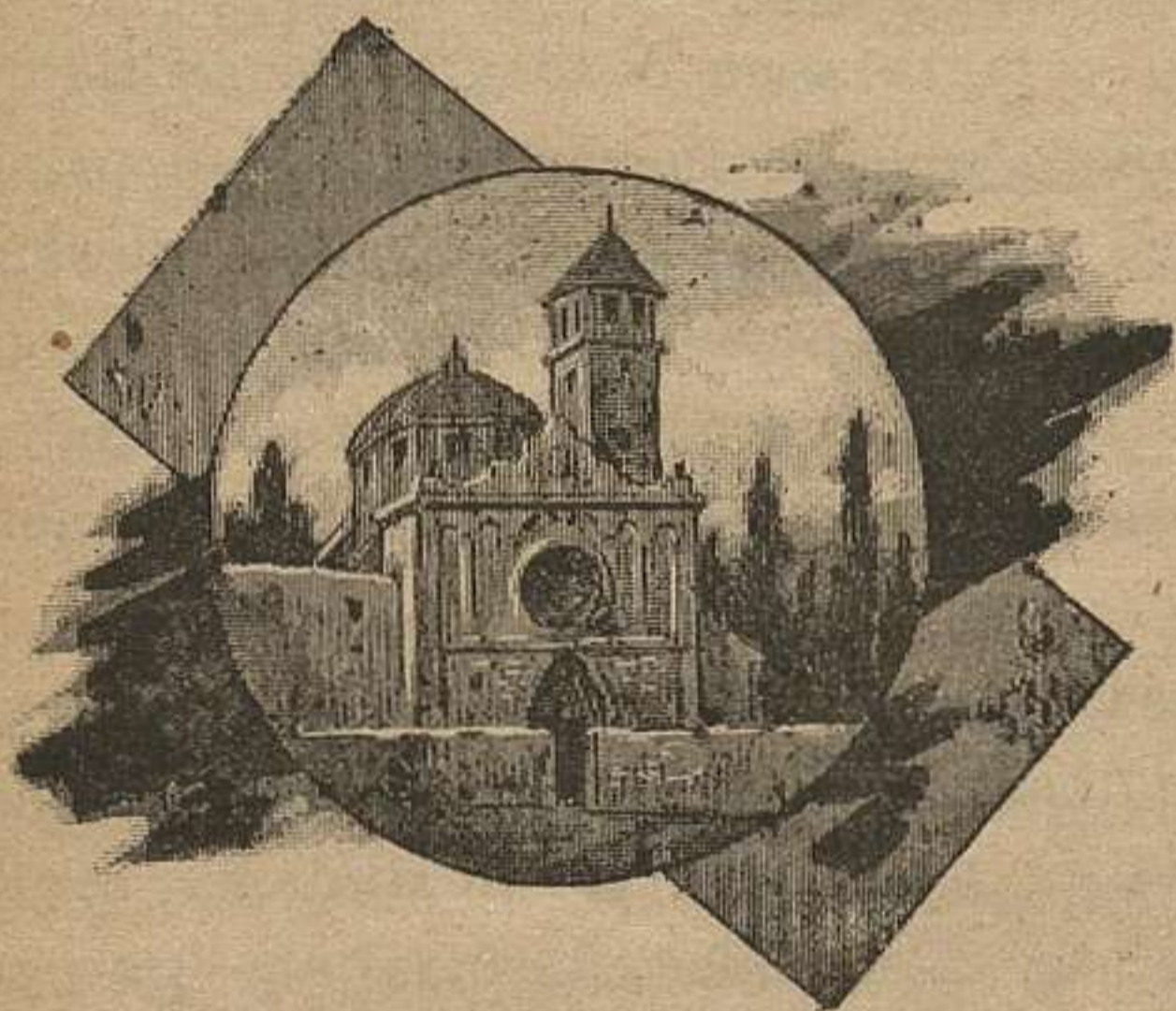
Es lo que yo digo siempre... las exageraciones todas son perjudiciales: comprendo tanto fuego y tanta pena de daño y de sentido para una reunión de malhechores, para un presidio, por ejemplo; pero ante una reunión de señoras y señoritas católicas, cuyos *atentados* no pasarán de alguna murmuración, de algún despilfarro, de una mentirilla, francamente, aquel buen jesuíta me parecía *déplacé*...

Luego la emprendió con el lujo, y aquí ya no le pudimos aguantar. Tronaba contra la moda, contra el teatro y sus inmoralidades, contra el dispendio escandaloso de las que gastan en guantes y perfumes lo que basta para sostener una familia, y tanto recargó los colores del cuadro, que salimos resueltas á no volver...

En efecto, las tres familias nos fuímos á una iglesia donde también se daban Ejercicios al Apostolado de la Oración, y... ¿te digo la verdad? Pues, hija, como dicen en nuestra tierra, *salimos de Guatemala y entramos en Guatepeor*... ¡otro jesuíta! ¡todos son iguales! la misma doc-

trina... ¡otra zurra tremenda contra el lujo, el ocio, el teatro, los paseos, contra todo!

¿Qué pretenderá el buen señor? ¿acaso que los ricos vivamos como ellos, ayunando, rezando y dando Misiones?... ¿si nos querría convertir en cartujos?... Claro está: ¿qué entienden ellos de las exigencias sociales, del buen tono, de las ne-



cesidades creadas por la educación y la fortuna, de lo que se debe al mundo y de la vida de los salones? Figúrate, Consuelo, que censuró duramente los escotes... vamos, no sabía el terreno que pisaba... pues qué, ¿habríamos de ir al baile con traje alto y mantilla?

Y no te digo nada de cuando se trató de los pecados de la lengua... ¡Dios ¡Santo! ¡nos puso

como nuevas!... dice que con la misma facilidad, con la misma frescura con que metemos la tijera en una tela, para cortar un traje, metemos el hacha afilada de la murmuración en la honra ajena... pero, Consuelo, ¿es que no se puede hablar de nada ni de nadie? pues si no hablamos de las cosas que pasan, de lo que vemos, de lo que oímos, de fulana y de zutana, ¿de qué hablaremos? ¿Acaso del infierno y de la muerte?

¡Ah! se me olvidaba decírtelo... el día que habló de esto, me puse mala: tuve que tomar tila y azahar... ¡qué empeño en entristecernos con esas pinturas lúgubres! Estoy resuelta á no volver ningún año á los Ejercicios, porque todos los jesuítas son iguales, intransigentes, exagerados y fanáticos, desconocedores de la sociedad y de sus exigencias; logran asustar en vez de persuadir, de modo que mucha gente prefiere vivir á sus anchas y no frecuentar las iglesias, porque de hacerlo, para vivir según aconsejan, tendríamos que renunciar á la sociedad y marcharnos al desierto... y yo, Consuelo, no nací para la soledad... necesito divertirme, que bastantes penas hay en la vida...

Mi marido se confiesa una vez al año, que no pide más la Ley de Dios, y mira si es bueno, que en cinco minutos despacha: yo voy en las

mayores festividades, como viernes de Dolores, *Corpus*, día de Difuntos y miércoles de Ceniza... ¡cuatro veces al año, me parece que basta y sobra!

Eso sí, lo hago con mucho recogimiento, preparándome desde el día anterior, dejo de ir á la ópera ó al paseo, y estoy como asustada, pensando en lo que voy á hacer... y no como algunas que conozco que comulgan cada semana, y hasta cada día, y salen tan contentas de la iglesia y van á todas partes, y no sé cómo se arreglan... ¡éstas se tragan á Dios como un pedazo de pan!... ¡Cuánta familiaridad con las cosas santas!

Mucho más te diría, pero no tengo tiempo. Ya sabes cómo vivo y lo qué hago... no soy exagerada, pero sí buena católica; guardo los Mandamientos, amo á mi marido y á mi hija, y doy limosnas siempre que puedo: cuando hay alguna función benéfica tomo localidades, me siento á las mesas de petitorio en la Semana Santa, y cada mes dedico algunas pesetas á las Hermanitas de los Pobres; ¡vamos, que creo que hago bastante!

Encuentro tanto gusto en comunicarme contigo, que formado el propósito eficaz de hacerlo todos los correos, no faltaré á él de manera alguna. Otro día te hablaré de Teodora... es demasiado

buena, y tengo que reñirla para que sepa cumplir los deberes que impone la sociedad... ¡figúrate que detesta el baile... cuando yo bailaría con una silla!

Recuerdos á todos.—Tuya amantísima,

GABRIELA.

Las Palmas, Abril de 189...

Querida Gabriela: Todo el contento que experimenté al ver tus cartas, se trocó en tristeza cuando las hube leído, y no pude por menos que repetir por lo bajo: *La mujer y la gaviota, cuanto más vieja más loca...* Creí que te habías corregido de tu apego á la vida mundana, y que los disgustos inevitables que ocasiona el tiempo, haciéndonos víctimas de enfermedades, desencantos, amarguras y cavilaciones, habían modificado tu antiguo modo de ser: mas veo con honda pena que siempre será verdad aquello de que *genio y figura hasta la sepultura...* y perdona mi manía de citar refranes: ¡dicen tan bien lo que dicen!...

Como tú, tengo poco tiempo de que disponer, aunque por distintas razones, y sin perderlo en preámbulos ni estériles lamentaciones, voy al grano... contesto á tus cartas.

Si el limbo es la vida pacífica, serena, igual, ajena á las grandes emociones de teatros, tertulias y paseos, no te niego que Canarias lo sea. Me he acostumbrado á este país, porque á él me trajo la voluntad de Dios, y no el capricho: vine por la salud de mi marido, y como gracias á este

clima incomparable, sin disputa *el mejor del mundo*, á estos sanos y nutritivos alimentos, donde no entran adulteraciones de ninguna clase, porque gracias á Dios todavía estas gentes no han aprendido á falsificarlos, y finalmente á esta vida uniforme y tranquila, sin compromisos sociales, se encuentra notablemente mejorado: tengo gratitud al país que vuelve la salud á mi marido y la dicha á toda la familia. Por eso me hallo bien aquí.

Las Palmas es, como sabes, una ciudad pequeña, pero encantadora, mucho mejor que otras capitales de provincia en que hemos vivido: sus habitantes son como las gentes de todos los países... buenos y malos... ¡Vaya una verdad de Pero Grullo! dirás... Pues sí, hermanita, es así... y más que otros son hospitalarios y sencillamente afectuosos... Aman quizá demasiado—si en esto caben demasías—su país, creyéndolo el mejor del mundo, pero esto no es un defecto... Yo tengo buenos amigos; doy largos paseos por la carretera de Tafisa; voy con mis hijos al monte, subo á los riscos, y hago la vida de siempre... Mis pobres, mis iglesias, mis amigas, mis libros... ¿no es bastante para llenar el tiempo, *sin vegetar*, como dices tú?...

A mí nunca me falta para rezar el Rosario... ¡qué vergüenza!... Una esposa y madre cristiana

á quien le llega á faltar tiempo para rezar el Rosario... y no porque las obras de celo y de caridad te lo roben, sino porque en el torbellino de tu existencia mundana, frívola y ociosa, no encuentras un cuarto de hora para dedicarlo á la Madre de Dios... porque te falta, óyelo bien, ya que los sermones te parecen exagerados, sabor espiritual, porque no conoces los dulces goces de la piedad, porque estás contagiada de la enfermedad moderna, del apego al regalo, á la vida muelle y disipada, al lujo y las vanidades... porque eres, en fin, una mujer *fin de siècle*, porque tú y todos los tuyos y los que te rodean sois ¡católicos... á la moda!

¿Que salud ni robustez pueden tener ni tu cuerpo ni tu alma con esa vida que haces?... ¿Acostarte á las tres y levantarte á las doce?... ¿Cómo andará tu casa?... ¿qué despilfarro habrá en ella, y cómo engrosará el haber de tus criados disminuyendo el tuyo?... Y gracias á que Dios te ha concedido un ángel que no mereces... Tu hija Teodora, que sería un modelo si en vez de una madre que tiene la cabeza á pájaros y un padre que no vive sino para divertirse, fuese hija de unos esposos verdaderamente cristianos, que no dieran más importancia á los saraos que á la ley de Dios, y en vez de entusiasmarse y enorgullecerse porque el revistero á la moda les nom-

bra con pomposos calificativos, que todos sabemos lo que valen y quieren decir, cifrasen sus aspiraciones en procurarle los medios de santificarse sin hacer por ello una vida lúgubre y amarga como la pintas.

Esa inútil charla con la peinadora,—murmuraciones por activa y pasiva;—esos cuidados y mimos exagerados—¡esto sí que son exageraciones!—á tu cuerpo, pedazo de barro como el mío, esos afanes del vestido, ese culto idolátrico del *yo*, que te roban toda la mañana y te privan hasta de oír Misa en día de precepto, debieran asustarte más de lo que te puedo decir... porque cometes pecado mortal... ¿oyes?... lo cometes sin duda ninguna, y dices con tanta frescura que rezas el Rosario y que Dios—¡cómo es tan bueno!—se contenta con poco... y añades que duermes en paz y en gracia de Dios... Lo primero no te lo niego; tendrás la falsa paz de los mundanos... lo segundo, convéncete, es un error... ¿En gracia de Dios, cuando por tu culpa y por regalar demasiado á tu cuerpo faltas á sabiendas á los Mandamientos?... ¡Hija, tienes una manga muy ancha, la de siempre!

¿Y por qué, pues, te avergüenzas de que tu suegra sepa que no oyes sino media Misa, y á veces menos?... ¿luego tienes conciencia de que faltas?... ¿y vives tranquila, dices?... ¡Extraña

manera de ver las cosas!... ¿Llegas á la consagración?... lo mismo que si llegases al *Ite, Missa est.*

¿Tus convidados?... ¡serán como tú!... Gente desocupada, ociosa y frívola, murmuradores de oficio, de esos que abundan en sociedad, y á quienes hago la cruz como al diablo; que llevan la crónica de los salones á donde van, que están al corriente de la chismografía mundana... porque, convéncete, Gabriela, tú decías cuando pasaste un mes conmigo en esta isla, que aquí todo se sabía y se comentaba... es cierto, pero igual sucede en Barcelona... todo se sabe, se comenta, se borda y se amplifica, y ¡gracias que no se invente, llegando por este medio á la calumnia y la difamación!... ¿Acaso no he vivido ahí?... ¡Si el mundo es igual en todas partes!... ¿Maldito de Dios, qué puede dar de sí?...

¿Tu marido?... Nada te digo de él... liberal *enragé* en política, indiferente en Religión, leyendo cuanto se escribe de malo, porque *bueno es saberlo todo*, según dice: ya sabes cuántas y cuán reñidas han sido nuestras discusiones... es el de siempre... enciende una vela á San Miguel y otra al diablo.

Comprendo que tu suegra, que es católica añeja, se levante de la mesa, porque, según dice el Apóstol, en las conversaciones largas nunca falta pecado... lo que deploro es que tu hija, esa

criatura angelical, no la imite. Mucho ganaría dejando de oír á tus comensales y á esa célebre Aspasia, que conocí hace tiempo, —¿no lo sabías? —y que toda su vida no ha sido otra cosa que una parlanchina sempiterna, visitando á todo el mundo, contando en esta casa lo que oyó en la otra, y repitiendo á cada rato que no le gusta murmurar... ¡pues si llega á gustarle!...

Hasta pronto, que tengo que ir á visitar los pobres: supongo que no te enfadarás con mis *amargas verdades*... valen más ellas que las *dulces mentiras* que te dicen tus contertulios... Saluda á tu marido y abraza á tu hija, á quien la mía se parece mucho, y recibe un abrazo de tu hermana



CONSUELO.

Las Palmas, Abril de 189...-

Yo no necesito que llueva, mi querida hermana, para reanudar mi conversación contigo por medio de la pluma, y acabar mi sermón, *aunque te duela*. Voy siendo vieja, y gusto de hablar claro: además, te serví de madre cuando se murió la nuestra, que nos espera en el cielo, piadosamente pensando, y tengo derecho para corregirte y gritarte muy alto para que lo entiendas, que vas por mal camino.

Quisiera yo que como «antes faltaría el sol, que faltarte un cuarto de hora para tocar el piano,» nunca te faltase para rezar el Rosario y hasta para oír una Misa cada día, pero entera, con devoción, meditando lo que ves; porque tú, como la mayor parte de los cristianos, oyes la Misa por rutina, y ni te acuerdas de lo que significa...

¿A la ópera?... mejor sería no ir; pero al fin, yo también iba, porque á mi marido le gustaba y me lo exigía; de todo se puede usar sin abuso: el lujo moderado, los ricos trajes, las elegancias de la moda, las comodidades de las riquezas, no son cosas malas de suyo; porque no ha de vestir

y gastar lo mismo un duque ó un conde que un albañil ó una tendera. Santa Isabel, San Fernando, Santa Blanca y otros Santos de alta y noble estirpe, vestían como les correspondía, y asistían á las fiestas de palacio con todo el aparato y la magnificencia de su clase y condición; pero de esto á no pensar más que en los trapos, á no hablar sino del teatro, del baile, del concierto; á considerar una desgracia si no se consigue el palco apetecido, y si ha de perderse una función por cualquier accidente imprevisto, hay una notable diferencia. Es como el que come para vivir, ó el que vive para comer... se puede ir á todas partes, no siendo cosa notoriamente mala de suyo, cuando el deber y la caridad lo exigen; pero despegar el corazón de esas niñerías; no estar envahidas con los aplausos, las diversiones y las vanidades; no cifrar la dicha en gozarlas todas, porque eso es indigno de un alma cristiana que para más altas cosas fué criada, según la feliz expresión de un Santo.

¿Qué ganas puedes tener de rezar, ni qué tiempo te queda para pensar en Dios, si te duermes arrullada todavía por el eco de las lisonjas, de las mentiras, de las ficciones que has visto todo el día?

Ir á los Ejercicios, porque como se había acabado la temporada de teatro no había á donde

ir, y porque va la gente de buen tono, es una necesidad. ¿De modo que fuíste allá, donde debías ir con el empeño de mejorarte y acercarte á Dios, como vas á los toros, al paseo ó al teatro?... ¡Bonitos Ejercicios!... Por eso te parecieron tan mal... ¿acaso pensabas que ¡los jesuítas iban á predicar una moral acomodaticia?... ¡Sino pueden predicar sino la moral del Evangelio, la doctrina de Jesús, la que repitieron los Apóstoles convirtiendo al mundo pagano!... ¿qué es estrecha?... sí, no te lo niego: ¿qué exige sacrificios?... también, todo el mundo lo sabe; pero ya lo dijo el Señor: *El que quiera venir en pos de Mí, tome su cruz y sígame...* ¿Acaso estamos en el mundo para gozar sin tasa?...

Mira, te pareces al chino de quien habla el precioso libro (que te recomiendo) que se llama *Esta vida no es la vida*, y que decía muy tranquilo que había venido al mundo para comer arroz... Tú has venido á la tierra para dormir, divertirte, gastar y regalar tu cuerpo... ¡qué mísero destino!...

¿Te asusta el infierno?... A mí también... por eso me acuerdo de él muchas veces, para procurar no ir allá, como lo espero de la misericordia de Dios; y haces muy mal en llamar exagerados á los Padres que hablaban de él á un auditorio que olía á *mimosa* y *agua de Colonia*... ¿Sabes lo

qué pienso? aunque te escandalices, lo digo... que en presidio hay gentes que han hecho menos mal que alguna de esas católicas á la moda, vestidas de raso y terciopelo... ¿te espantas?... Pues oye: podrá un hombre matar el cuerpo, pero una mala lengua, una mala compañía, un mal ejemplo, una perversa doctrina defendida y practicada por quien blasona de buena y cree serlo, con una ignorancia culpable, mata el alma... ¡ay!... ¿quién sabe si delante de Dios hay criminales de frac más dignos de presidio que otros que allí expían un momento de vértigo ó de locura?...

Gabriela, á mí me espanta, te lo confieso, el desenfado y la pasmosa tranquilidad con que labios de rosa se sacían en la honra del prójimo, como feroces vampiros que chupan la sangre y matan... Hoy la salsa picante de los paladares estragados de los mundanos es la murmuración... bien claro lo dices tú: Sino se habla de ésta y de aquélla, de lo que *se dice*, y lo que se sabe, ¿de qué se ha de hablar?... ¡Oh, qué pobre idea dais de vosotras mismas!... No tenéis más recursos que murmurar... ¡por cierto que valéis poco!

A ti, mi querida Gabriela, á tu marido y á tu hija,—de quien no me hablas, pero de quien tengo noticias recientes,—á tu Aspasia y también á tus comensales, les ayudaba yo á hacer examen de conciencia y les sacaba un sin nú-

mero de pecados gordos; empezando por ti, que teniendo el oratorio en casa, y no estando enferma, por gastar dos horas en el tocador te quedas sin Misa el día de precepto, y concluyendo por tu marido, que dice con tanta frescura que los jóvenes se han de divertir, y que mientras no jueguen ó contraigan deudas, todo lo pueden hacer: figúrate qué gazapos se encontrarían.

¡Buenas estáis las tres familias que andáis siempre juntas!... Si supieseis que esos mismos que os adulan y os divierten, y á quienes divertís y obsequiáis, os desuellan, os llaman la mesita del turrón,—porque se os ve en todas partes,—¡y os hacen blanco de sus pesadas burlas!... Así paga el diablo á quien le sirve.

Los sacerdotes censuran lo que deben censurar cuando dan Ejercicios, y deben suponer que las que á ellos asisten abrigan buenos deseos é intenciones... Conocen perfectamente el mundo y la sociedad, y muchos de ellos fueron personas de grandes relaciones, de manera que no dan golpes en vago... sólo que vosotras quisierais sin duda que halagaran vuestro oído ofreciendo recompensas celestiales á la más elegante ó á la más rica.

No, no alejan á la gente por predicar la moral de Cristo... os vais, porque os parece que la muerte no ha de llegar nunca, y os espanta

pensar en ella, hasta el extremo de alteraros los nervios y obligaros á tomar tila... ¡qué delicadas!... os vais porque os veis retratadas de cuerpo entero y tamaño natural, y os duele... sí, os duele, porque ponen el dedo en la llaga...

Tengo tanto que decirte que tendría que escribir doble de lo escrito y aun no acabaría: lo dejaré para otro correo; pero quiero anticiparte la grata nueva de que mi querida Carlota entrará en Religión muy pronto, y que Rosalía se casará en Diciembre con el amado de su corazón... ya lo ves... mis dos hijas mayores eligen libremente: una la dulce paz del claustro... la otra, las fatigas y cuidados del matrimonio... Dios les dé el acierto necesario para santificarse en el estado que eligen.

¡Adiós, hasta siempre!... Te quiere mucho tu

CONSUELO.

Barcelona, Abril de 189...

Mi querida Consuelo: Erraste la vocación... debiste haber ido á convertir salvajes... ¡caracoles con los sermones sin *Avemaría* que me propinas! gracias á que te conozco, te quiero mucho y no me enfadan tus ocurrencias, porque de otro modo habría para reñir muy de veras; ¡pues si nos tratas como á herejes ó poco menos! ¡hija, ni el P. Coloma... mereces un premio!... Yo te regalaría el bonete de doctora.

Puede ser que como me escocían las verdades de los jesuítas y sus exageraciones, porque no me convenzo de que no recarguen los colores del cuadro, estuviese yo un poco dura en mis apreciaciones; pero mira que tú, hermanita, perdiste la moderación al bautizarnos con el flamante nombre de *católicos... á la moda...* Mujer de Cristo, ¿cómo quieres que vivamos en el mundo como si fuésemos Religiosos?

¿Cómo quieres que mi hijo Alejandro, rico, guapo, solicitado de ellos y de ellas para gastar-le los cuartos, alegre como unas castañuelas, ilustrado como pocos, vaya á confesar á cada paso, oiga sermones, viva como un cartujo? ¿cómo quieres que se acueste con las gallinas y lea la

Imitación de Cristo? ¿Sabes lo que dice su padre, que es tan honrado y ha sido tan bueno para mí? que antes que llegue á hacer las diabluras que él hizo, tiene mucho que andar.

Alejandro se divierte bastante, no te lo niego; pero es bueno, me quiere, y haría cualquier sacrificio por no darme un disgusto. Yo le recompenso dándole algún dinerillo cuando está apurado, haciendo que no veo ciertas cosas y que ignoro otras, y espero que sentará la cabeza como todos... Viene tarde á casa, pero siempre viene... ¡peor sería que no viniese! Créeme, Consuelo, tú no tienes hijos mayores, y no sabes lo qué se pasa para contentarlos... los pobres no han de hacer un papel ridículo en sociedad.

Teodora es algo pava: dulce, cariñosa, inteligente, buena como el pan bendito, pero algo seria y retraída... con un par de trajes quedaría contenta en cada temporada, y tengo de ocuparme yo de lo suyo, cuando tanto tengo que pensar



con lo mío... Cree que tiene bastante con dos ó tres sombreros, y para vestir bien se necesitan por lo menos una docena: comprende la necesidad imperiosa de ir al teatro escotada, y procura subir el escote tanto como yo se lo bajo... ¿qué tiene eso de particular, si la costumbre hace verlo con indiferencia? ¿quién se fija en las piernas al aire de una chiquilla? pues pasa lo mismo con los brazos y espalda... ¡tendría que ver que yo fuese escotada y ella no!

Siempre está diciendo que tiene demasiada ropa... y para mí nunca tiene bastante, porque si se *ha de vestir* se necesita muchísima: yo me hice esta temporada dieciocho trajes, y *no tengo qué ponerme*... Por ella, ni nos abonaríamos al Liceo, porque dice que le fastidia esa obligación de ir todas las noches al teatro, cuando muchas preferiría quedarse en casa para leer ó tocar el piano... Vamos, que parece hija tuya y no mía, y conserva todas las lecciones que le dieron en el Sagrado Corazón, sin acabar de entender que ya está en el mundo... Cuando se lo digo responde: «¡Ay, mamá! ¡estoy desdichadamente en él, pero no le pertenezco!» ¡Parece boba!...

Mi marido ve por sus ojos: la quiere con delirio y la lleva á todas partes: ella no quiere dejarse ver tanto, pero no le hacemos caso, y todas las tardes paseamos en coche por el Paseo de Gracia, y luego á uno ú otro espectáculo... aprovechar el

tiempo, que luego, ¿quién sabe lo que sucederá?

Ella tiene sus devociones y sus pobres. Por su gusto iría á confesar todos los meses: pertenece á la Congregación de Hijas de María, pero no la dejo asistir á las reuniones, porque las monjas saben demasiado, y me la conquistarían con poco trabajo, puesto que es terreno bien preparado. En el mes de Mayo manda todos los días un ramo de flores á la Virgen de las Mercedes, y reza en casa, delante de una preciosa imagen que su padre le regaló un día de su Santo. Todo eso es bueno y me gusta, pero nada más; nada de exageraciones, porque, como dice Aspasia, las jóvenes deben conocer el mundo para hacer su elección de estado con acierto.

Haces mal en juzgarnos tan *deslenguadas*... no me meto en vidas ajenas sino cuando son cosas que todo el mundo sabe, y si murmuro alguna vez, querida Consuelo, cree que cobro en idéntica moneda que me deben, pues medio mundo se burla del otro medio...

¿Vamos á reformarlo? Así lo encontré y así lo dejo... Dios es bueno, te repito, y yo no lo veo como vosotros los piadosos, siempre esperando á castigarnos por cualquier falta cometida... El se debe hacer cargo de todo... si yo estoy en el mundo he de seguir sus costumbres, y si me acuesto á las tres no me puedo levantar antes de

las once... y luego, créelo, Consuelo, porque es verdad, yo necesito dos horas lo menos para vestirme... ¿Cómo se arreglan las que lo hacen en menos tiempo? no lo sé; yo soy así, y no puedo ser de otra manera.

Cree que no somos tan malos como nos crees... ni mi marido es masón, ni es impío, puesto que, como te dije en otra ocasión, confiesa todos los años; ni mi hijo es como muchos que conozco... (es verdad que no va á Misa); pero por Dios, Consuelo, ¿quién va á obligar á un muchacho á que haga más? En cuanto á mí, soy mejor de lo que parezco, y Teodora es un ángel, según tu propia confesión, de modo que resultamos una familia cristiana como pocas.

A Rosalía mi enhorabuena; á Carlota el pésame, porque va á sepultar sus encantos para siempre... Mis recuerdos á tu marido; besos á los pequeños, y para ti el cariño de tu hermana

GABRIELA.



Las Palmas, Mayo de 189...

Mi querida Gabriela: Desde que conozco bien tus ideas y la vida que haces, tengo más afán de escribirte para decirte verdades... yo deposito la semilla en tu alma... Dios se encargará de que fructifique, y le pido por ti con más empeño que por mí.

Me decías en una de tus cartas que *bailarías con una silla*... ¡qué frívola eres, hermana mía! Que eso lo dijese una niña, podía disculparse en gracia de los pocos años; pero que lo diga una mamá con hijos casaderos, no tiene disculpa ni merece perdón. Yo no te repetiré las mil cosas que del baile se han dicho y tú habrás leído, porque no te persuadiría, pero te aconsejo que dejes de bailar sino quieres que te censuren todas las gentes sensatas.

Una mujer casada no debe bailar sino con su marido: según vuestras necias leyes sociales esto es ridículo; pues no debe bailar con nadie. Tú sabes que ni yo he bailado ni mis hijas tampoco, y recordarás que tampoco bailó nuestra madre... en nuestra familia el baile ha sido privilegio tuyo exclusivo, y nada has ganado, an-

tes creo que si examinas bien la conciencia algo habrás perdido. ¡Por lo menos el tiempo!

Acercas de que das limosnas y vas á las funciones de beneficencia y pides en las iglesias por Semana Santa, te diré que todo eso es pura filantropía. No lo haces por Dios, y no lo encontrarás en la vida eterna: ese poco bien que haces aquí te lo paga, para no quedarte á deber nada.

Y no me digas que entro hasta el sagrado de las intenciones, porque digo la verdad. No das lo que debieras dar en proporción de tu fortuna, puesto que la limosna es un deber, y lo haces por compasión natural, por costumbre, sin ver en la persona del pobre la imagen de Jesucristo. Muchas veces das por compromiso, porque se sabrá si das, y se sabrá si no das: ¿no es cierto? responde con sinceridad, y estarás cierta de que no te calumnio.

Otras ocasiones ha de figurar tu nombre en la lista de subscripción del periódico, y ¿qué dirán si el donativo no corresponde á la fortuna que disfrutas? Te humilla que la marquesa B ó la señora D sean más generosas que tú; no hay remedio... es preciso aflojar la bolsa. ¿Y eso es caridad?

Pedir en Semana Santa, no es devoción, sino ocasión de exhibir un elegantísimo traje, de lucir la airosa mantilla y de ser vista. Es cosa de mo-

da; porque vosotras las mundanas hasta la devoción ponéis de moda; es decir, lo que creéis devoción, y no es más que vanidad. Según vuestro lenguaje especial, ahora *viste* acudir á los Ejercicios y ocuparse algo de cosas piadosas: ¡vanidad de vanidades, y todo vanidad!...

Queréis que os llamen piadosas sin tomaros trabajo alguno: os sentís ofendidas si delante de vosotras se alaba la piedad de las buenas cristianas, y sin embargo, no sois verdaderas católicas, porque tomáis de la Religión lo que os agrada, y dejáis lo que os contraría, porque todo en vosotras es natural, y no conocéis siquiera el A B C de la vida sobrenatural.

Por eso no te contesté cuando decías que procuras prepararte bien para comulgar, pues no quieres caer en el abuso de las que se tragan la Sagrada Forma como un pedazo de pan, lo cual atribuyes á la frecuencia con que se acercan á la divina Mesa. ¡Pobre Gabriela! ¡cómo has variado! ¡Ya no te acuerdas de lo que nos enseñaron en el Sagrado Corazón! Si las antiguas Madres te oyesen, ¡qué pena tendrían!

¿Qué entiendes tú ya de cosas espirituales? ¿qué sabes de los secretos de la piedad, de los goces de la vida interior, de las nobles aspiraciones del alma que va en busca de lo mejor?... ¿Qué puedes decir de oración, de sacrificio, de

penitencia, de celo, de caridad, si pegada al lodo de la tierra, ciega por el demonio de la vanidad, llevas una vida que no desmerece nada junto á la de las paganas? Eres naturalmente buena, y nada más.

¿Cómo te atreves á censurar á las que buscan en la Eucaristía calor para sus corazones, bálsamo para sus heridas, y aliento para sus desmayos? ¡tanto valdría que hablase el ciego de colores!...

Deja esos caminos, Gabriela queridísima; te lo pido por lo mucho que te he querido siempre... ¡te lo pido por tu bien!... Procura dejar un poco el mundo y acercarte á Dios... El premiará tus afanes y los esfuerzos que hagas por acercártele: acuérdate de aquella preciosa redondilla de un poeta de nuestro país:

El premiará tus desvelos
Con cuanto la gloria encierra;
Ve que siembras en la tierra
Para coger en el cielo.

Adiós, tuya,

CONSUELO.

Barcelona, Mayo de 189...

Querida Consuelo: Siguen tus sermones, y yo comienzo á pensar que debo ser muy mala cuando tú, que eres tan buena, me regañas tanto; pero me tranquiliza mi marido, asegurándome que eres muy exagerada, y que como no sales de la iglesia sino para ir á casa de los pobres ó encerrarte en la tuya, que es un monasterio, donde todo se hace por reglamento, el mundo te parece peor de lo que es en realidad.

Sí, mi querida hermana, créelo sin vacilar: yo no hago mal á nadie, no tengo remordimientos, paso la vida muy tranquila, cumplo mis deberes de señora rica, que no son iguales á los de las pobres, y no puedo hacer más, ni creo que Dios me pida más tampoco.

Eres demasiado severa: intransigente y dura contigo misma, necesariamente has de serlo con los demás... y si nos pareciéramos todas á ti, se cerraban las reuniones, los teatros y los salones; quedarían desiertos los paseos, y el mundo sería un cementerio.

Yo creo que podrían los católicos piadosos no ser tan exigentes, y coloco en este número á los

jesuítas. Por ejemplo, que prediquen todo lo que quieran la doctrina cristiana, pero que no se metan en las diversiones... que nos ^{dejen} paz; nadie se va á condenar por ir á los conciertos en la Cuaresma... nadie peca por ir á la tertulia y al teatro... no diré que ciertos espectáculos no sean pecaminosos, pero no hace una caso de ellos... más nos divierte ver cómo viene ^{vestida} ésta, y cómo luce y coquetea aquélla, que lo que pasa en la escena... Además, ¿acaso en el mundo, que es un gran teatro, no pasan todos los días cosas peores?... ¿y no lo sabemos ^{todo}?... ¿qué cosa nueva nos dirán en el teatro?...

Es tontería pretender que los jóvenes vivan como los viejos, que los hombres no lean ciertos periódicos, y que las mujeres no demos pasto á nuestra imaginación con las novelas, porque digo de unos y otras lo que del teatro... ¡nada nuevo enseñan!...

La limosna que doy me parece suficiente, Consuelo, y no me gusta entrar en discusiones acerca de esto. Si tú, para socorrer á los pobres, viestes de lana y te desprendes de lo superfluo, yo no tengo valor para tanto, y como ni eso es obligatorio ni necesario, lo dejo para las que aspiran á ser santas... yo me conformo con ser buena cristiana.

Si todos los que viven como nosotros se han de

condenar, pienso que el infierno ha de ser muy grande, porque seremos muchísimos los condenados; pero felizmente Dios, que murió por nosotros, ha de ser más indulgente que tú y que los Padres jesuítas que daban los Ejercicios.

Es muy cierto que á veces doy limosna por compromiso; pero eso nos sucede á todos, Consuelo, y no merece tan agrios reproches: en fin, creo que contigo hay que hacer lo que dice Aspasia de los predicadores... se les oye con mucho respeto, se les aplaude si valen, y luego cada una hace lo que le da gana.

Por nada de este mundo dejaría á Teodora en tu compañía, porque de fijo la metías en un convento... ¡Ay, Dios mío! ¿y qué sería de mí, si es lo único que tengo, y si la perdiera me volvía loca?... Por fortuna, ya creo que está un poco interesada por un galán que es lo mejor de Barcelona; el premio gordo, según le llaman las chicas casaderas... ¡y tendrá escudo y corona!... ¡Estoy más contenta!... Pero no te creas, no es cosa hecha, porque no se decide, y tal vez mis ilusiones no lleguen á ser realidad.

Preparo un magnífico regalo de boda para Rosalía: dile de parte de mi marido que disponga de quinientos duros que él coloca en su canastilla de boda para que compre lo que quiera. Teodora le está bordando un pañuelo que parece salido de manos de las hadas.

No puedo continuar, porque llegan visitas y me llaman: abraza á tus hijos, saluda á tu marido, y no olvides que, á pesar de tus regaños y de tus intransigencias, te quiere mucho tu

GABRIELA.

P. D.—Quisiera regalar algo á Carlota, pero no sé lo qué preferirá ella; pregúntaselo de mi parte, y enviaré lo que pida con los regalos de Rosalía. Adiós.

Las Palmas, Junio de 189...

Muy querida Gabriela: En vano te defiendes, porque tu causa no tiene defensa... no necesito irme á convertir salvajes... ¿para qué?... ¡hay tantos salvajes en Europa!... Además, no te digo lo que hago porque no me entenderías; juzgarías extravagancias mis afanes, y acabarías por burlarte de mí. Esto no me inspira cuidado alguno, pero quiero evitar que faltes á la caridad.

Digas lo que dijeres, no es preciso vivir tristes y sacrificados para ser buenos cristianos... se puede estar en el mundo sin pertenecerle, odiando sus máximas, viviendo la vida del Evangelio y ajustándose á la doctrina de Cristo. No basta que afirmes, lo creo, que tu marido no es masón; hay que ser algo más: no basta que no sea impío, si lee continuamente los libros que la Iglesia prohíbe, los periódicos que propagan ideas disolventes y atacan á la Iglesia y á la Religión, sembrando errores y matando la fe; no se puede ser liberal sin caer en herejía, puesto que *el Liberalismo es pecado*, y por fin, no se puede librar del dictado de *católico á la moda* quien tolera y hasta celebra los escándalos de su hijo, en cierto terreno, porque le hacen gracia.

Tu marido no es malo, pero no es bueno: lo mismo aplaude á unos que á otros: unas veces por debilidad, otras por respeto humano, otras porque respirando la corrompida atmósfera del mundo, y nutriéndose con el veneno que vierten en sus libros los librepensadores de nuestros días, se inclina siempre del lado de ellos, y tiene chistes de sabor marcadamente volteriano, que á ti te hacen reir y á mí me hacen llorar.

De tu hijo, ¿qué te puedo decir?... Prefiero callar... las ramas se parecen al tronco por regla general... Su padre dice que él era peor... yo, ¿qué haré sino callar y pedir á Dios que os ilumine?

A ti, hermana mía, te censuro agriamente porque no cumples ni entiendes tus deberes de madre cristiana: que son apartar á tu hija de las ocasiones peligrosas, guardar su modestia, acrecentar su horror al lujo y las vanidades, fomentar su sencillez, su amor al retiro, su inclinación á la vida piadosa; y mientras hagas lo contrario y le llames *boba*, porque detesta el mundo y huye de las locuras á que arrastran el lujo y la presunción necia de *vestir*, — ¡cómo si los demás andásemos desnudos! — mientras la invites á tomar activa parte con su voluntad en ese pugilato ridículo de ser las primeras en todas partes, y la exhibas como conejito de feria, y la en-

señes á hacerse dos docenas de trajes cada temporada, te repetiré muy alto que eres poco menos que una pagana, que no tienes juicio y que vi- ves ocupada en tonterías, en vez de amar y servir á Dios en esta vida, para verle y gozarle en la otra, como dice el Catecismo.

Que los demás murmuren no te excusa á ti si lo haces. Deja que den ellas su cuenta cuando les llegue la hora tremenda, y pon un sello á tus labios para que no falten á la caridad, porque ésas son las faltas que más detesta el Señor: mira que la murmuración no se detiene, va hasta la calumnia, miente y difama... es como asquerosa lepra que todo lo afea y lo destruye... ¿qué te importan vidas ajenas? ¿qué ganas con escuchar á los que llevan y traen cuentos, y son áspides venenosos, ya se llamen Aspasia ó cualquier otro nombre?... Mejor haría esa vieja solterona impertinente en rezar, practicar el bien y prepararse para dar cuenta á Dios de su infecunda é inútil existencia. ¡Si la conocieses como yo!...

No tengas confianza temeraria en la bondad de Dios, porque también es justiciero, y si te ha perdonado tanto no es razón esto para que le provoques con nuevas ofensas.

Y aunque paséis en sociedad por una familia modelo y viváis tranquilos, y obtengáis aplau-

sos y los revisteros de salón os pongan en las nubes encomiando vuestra generosidad, desprendimiento y bondad de corazón, mientras no reforméis vuestra conducta y os ajustéis á la doctrina de Cristo, despegando el corazón de las riquezas, huyendo de las vanidades del mundo y practicando los consejos del Evangelio, no seréis más que *católicos á la [moda]*, con un pie en el campo de Jesús y otro en el de Belial, buscando componendas y queriendo hacer enmudecer vuestra propia conciencia, que os reprende y os dice que el camino ancho por donde vais en compañía de tantos es el camino del infierno...

Huye de él, hermana del alma, y unida á tu Dios carga con tu cruz, emprende la áspera senda del sacrificio, y cree que sólo así gustarás la verdadera felicidad, que no está en el esplendor de los salones, ni en el torbellino de fiestas y paseos á que consagras tu vida, sino en el retiro discreto, en la paz del hogar, en el cumplimiento de los deberes, en hacer la voluntad de Dios.

Somos pobres, flacas, inclinadas á la tierra... fortalezcámonos acercándonos al Dios de la Eucaristía: elevemos los ojos al cielo, volemos... en vez de arrastrarnos como míseras sabandijas, y haciendo cuanto es de nuestra parte con rectitud de intención, fiemos á la misericordia divina nuestros inmortales destinos.



No faltes nunca á la Misa...

Reza, mi pobre Gabriela, reza... busca á Dios en la oración: acuérdate de lo que dice Jeremías: *La tierra está desolada porque no hay quien medite en su corazón...* haz la prueba, yo te lo ruego: ve á visitar alguna familia pobre, y comprenderás cuánto te sobra, cuán poco es necesario y cuánto podías cercenar de tus gastos para aliviar la indigencia; porque preocupada con los vestidos y con los refinamientos del lujo, esclava de ti misma, haciendo de tu cuerpo un ídolo, ¿qué tiempo te queda para pensar en los demás?

Hay que aceptar todo lo que nos manda la Iglesia, y cumplir los preceptos al pie de la letra... no faltes nunca á la Misa, y pide al Señor que te dé inteligencia de sus misterios, para que saques fruto de ella.

Adiós, mi querida hermana, cree que tú serás siempre el objeto preferente de mis oraciones... dichosa yo si puedo ayudarte en algo abriendo tus ojos á la luz... entonces verás que no soy tan severa como te parezco, que digo sencillamente la verdad, y que no es culpa mía si la encuentras desabrida y amarga. Abraza á tu hija, recuerdos para tu marido y para Alejandro, y todo el cariño para ti, del corazón de tu hermana

CONSUELO.

A. M. D. G



ARCHIVO
MARIANO

—
Biblioteca

VOLUMEN Nº 2972

